

Autogestión para Venezuela (y II)

HUGO PIRELA

EL ROL DE LA EXPERIMENTACION INSTITUCIONAL EN EL PROCESO DE TRANSFORMACION

La profundización de la Democracia en el sentido de la participación de base debe recibir un impulso decisivo de inmediato. Por todo lo que esta profundización significa de hecho la transformación de la actual institucionalidad democrática en sí misma, la escogencia muy bien puede ser inevitable entre esta genuina transformación y el derrumbamiento del proceso democrático en su conjunto.

La evidencia en América Latina es demasiado clara como para cerrar los ojos a esta perspectiva. La presencia transitoria de ingresos privilegiados, provenientes de sectores monoprodutores de exportación, no trae consigo mecanismos transparentes de reciclaje, de tales ingresos, capaces por sí solos de corregir los desarreglos económicos del subdesarrollo e impulsar el crecimiento armónico; y por tanto no son, en modo alguno, vacuna de largo plazo contra el malestar e inestabilidad políticos.

Indudablemente, sin pretender delinear en detalle las instituciones que caracterizarían a la democracia de participación, éstas, por definición, como ya se ha sugerido, son de naturaleza distinta a las de la actual institucionalidad económica y política democrática; por tanto, no pueden surgir como "Palas Atenea de la cabeza de Zeus", en una suerte de transición institucional, voluntarista, del seno de esta institucionalidad, en ausencia de conflicto social.

En la medida en que el pleno desarrollo de la autogestión y la participación de base no pueda ser comprendido en la lógica de la institucionalidad económica y política de la Democracia Representativa, la existencia misma de la Democracia de Participación en gran escala supone el reemplazo de tal institucionalidad.

Si hemos de aspirar a una transformación social que sea algo más que colocar gente nueva dentro de viejas instituciones, entonces un nuevo poder debe materializarse de inmediato, en aparatos concretos e instituciones de nueva naturaleza. Pero tales nuevos

aparatos no pueden esperar a demostrar su viabilidad, a delinear su carácter, sus normas de funcionamiento y objetivos, en un futuro hipotético en el cual las 'condiciones objetivas' en la esfera política hayan sido conquistadas, como pretende cierta tradición de aventurerismo e improvisación política, para la cual toda experimentación fuera de tales condiciones objetivas sería puramente testimonial.

Que el ensayo y desarrollo de las nuevas instituciones antes del surgimiento de condiciones políticas favorables no constituye necesariamente voluntarismo era ya bien sabido por grandes sectores del Socialismo europeo del siglo pasado. Por ejemplo, para una gran parte de la dirigencia proletaria en la Rusia de 1917 —no solamente dentro del partido bolchevique sino en la socialdemocracia en general— la revolución social era claramente imposible sin que la nueva sociedad estuviera ya prefigurada, 'en germen' en el seno de la vieja; sin que existiera, de hecho, un poder paralelo, ya funcional, listo para sustituir a la antigua institucionalidad.

Ahora bien, un minuto de reflexión revelaría que el auténtico poder de la consigna 'todo el poder a los Soviets', debió indiscutiblemente residir en que predicaba una posibilidad inmediata y real, no futura e hipotética: los Soviets **podían encargarse del poder ya**. No había que recién comenzar a constituir la nueva institucionalidad socialista, y manejar 'mientras tanto' la sociedad con los viejos aparatos desgastados del zarismo o del parlamentarismo burgués: los Soviets podían, en la práctica, manejar **aquella sociedad en aquel momento** en forma autogestionaria.

El grado de madurez institucional, ideológica, etc., alcanzado por los Soviets para aquel momento, vis-a-vis el conflicto de clase interno, el escenario internacional etc., puede ser motivo de discusión; sobre todo en vista de los acontecimientos que culminaron años después en el desmantelamiento de aquellos para todos los efectos prácticos. Aun así, mientras el autoritarismo feudal y la democracia representativa se derrumbaban como opciones políticas, la posición de los Soviets se fortalecía

como alternativas viables en la coyuntura revolucionaria.

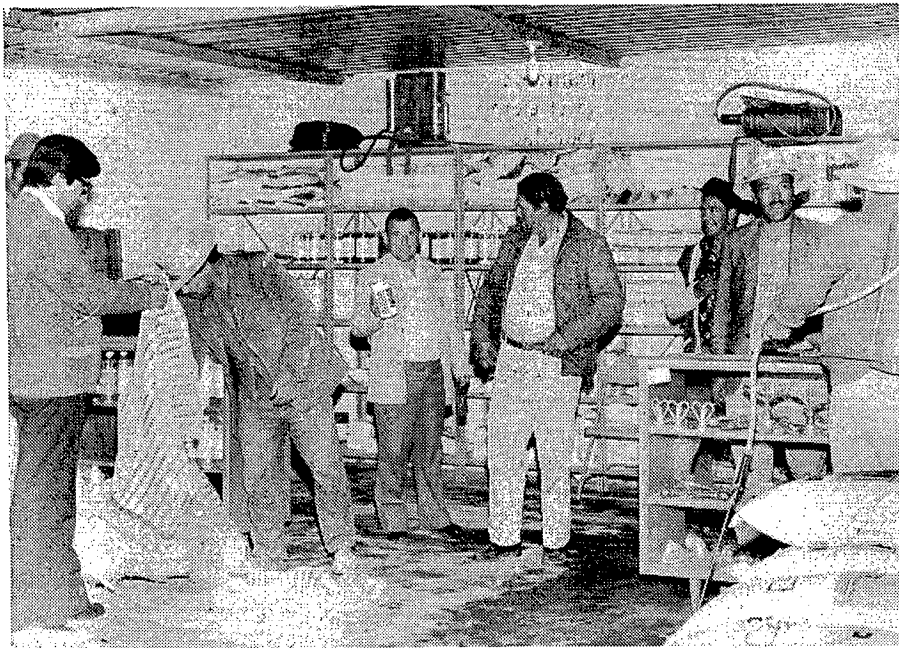
Sin embargo, estos no aparecieron de la noche a la mañana; al contrario, medraron en las 'orillas' del sistema institucional constituido como estructuras de comunicación, administración y representación de todo el espectro político nacional desde mucho antes de Octubre de 1917; y aún, inspirados en un modelo experimentado décadas antes, en la Comuna de París.

Por ello, después de que tanta agua ha pasado debajo de los puentes, no deja de ser intrigante cómo los 'nuevos socialistas' por regla general estén aproximando posibilidades reales de poder, y enfrentando creciente apoyo de masas con tan exiguo repertorio de experimentación institucional concreta que ofrecer a las comunidades nacionales, como alternativas frente a la vieja institucionalidad del estado.

Lastimosamente obvios son los potenciales efectos negativos de esta crónica falta de experiencia e infertilidad de la izquierda, en su habilidad para superar en la práctica —si bien no en la teoría— las formulaciones políticas del viejo liberalismo burgués, la tradicional institucionalidad del centralismo burocrático o las recetas ya inoperantes del reformismo económico keynesiano y, en consecuencia, en su capacidad para erigirse en alternativa legítima frente a la socialdemocracia, etc., en el sentir y la conciencia de las mayorías dentro y fuera de Europa.

A nuestro juicio —la experimentación política y el ensayo institucional son necesarias y posibles dentro del proceso de transformación de las instituciones democráticas; y son necesarios y posibles ahora, no en un futuro hipotético en que la Democracia de Participación esté ya establecida como sistema político, especialmente si, por todo lo que podemos anticipar, las probabilidades en el futuro no están de parte de tal tipo de sociedad, sino de alguna forma de dictadura anti-popular, si el proceso se deja a sus tendencias espontáneas.

La presente institucionalidad, a nuestro juicio, sí provee un ambiente político favorable, si bien no para el desarrollo de una sociedad plenamente



Ensayos de participación

participativa de la noche a la mañana, sí para producir un proceso de experimentación institucional, imposible de concebir, por ejemplo, bajo la espada del militarismo; y que podría probarse inestimable como fuente de aprendizaje en el proceso de definición concreta y funcional de los "mecanismos complejos" del diálogo, la participación y la cooperación social; esto es, en el proceso de elevar la idea de la Democracia de Participación del terreno de las nociones generales al terreno de lo concreto.

La Ciencia Histórica y Social crítica nos revela que, si bien el espectro pleno de todas las formas y potencialidades evolutivas de los nuevos modos institucionales y de producción no pueden realizarse a menos que las condiciones de existencia de tales nuevos modos sean plenamente conquistadas en la práctica social histórica, las tendencias y rasgos **esenciales** de estos nuevos modos, sin embargo, pueden ser identificados con mayor claridad en la fase embrionaria; esto es, en la forma en que ellos existen, precisamente cuando sus "condiciones de existencia" a gran escala están obstruidas o negadas en su mayor parte.

Por otra parte, la experimentación institucional no sólo es una vía recomendable para aprender estos rasgos esenciales de la nueva institucionalidad participativa, sino que puede ser, de hecho, la única vía posible.

Si los nuevos mecanismos institucionales han de ser mecanismos dialogales y participativos a nivel de base; de

esto se sigue que ellos no pueden ser concebidos por una "intelligentia" esclarecida, desde fuera del proceso mismo de la práctica social participativa de base. Si concebimos tal práctica social como una práctica inmediata en esta sociedad real "de aquí y de ahora", la experimentación de las nuevas formas en el seno de la actual institucionalidad es no sólo una alternativa legítima, sino necesaria dentro del proceso de transformación.

Esta, si se quiere, "prefiguración" de la institucionalidad futura dentro de la actual, de la nueva sociedad dentro de la presente, consiste al menos de un plan, cuya viabilidad haya sido establecida, sobre **cómo van a funcionar en la práctica** los mecanismos de la Democracia de Participación, y de **modelos reales** de tales instituciones, funcionando en la sociedad "de aquí y de ahora".

Ahora bien, es difícil argumentar que tal plan y modelos reales, puedan concebirse y perfeccionarse sin previa experimentación social de base, por la acción de una vanguardia política o teórica esclarecida; o, contrariamente, que tal plan y modelos reales **no pueden** ser fructíferamente ensayados en pequeño con anticipación.

Sin embargo, aquí nuevamente esta perspectiva no tiene nada que ver con la de los socialistas utópicos, que veían a la transformación social como un proceso que por ser... "en muchos aspectos esencialmente defectuoso debía ser corregido mediante decisiones, experimento, provisión de modelos,

etc."(1)

En primer lugar, como ya se ha sugerido, la finalidad primordial de la experimentación institucional debe ser el aprendizaje concreto de nuevos modos de organización económica, mediación política, etc., en el contexto social real, y de la viabilidad de su forjamiento y constitución en opciones políticas concretas, más bien que "demostrar" a la sociedad cómo debería comportarse, transformarse, etc., o dar testimonio aislado de la sociedad solidaria, comunitaria, etc. si bien cierto efecto demostrativo concurrente puede esperarse.

En segundo lugar, como discutiremos de inmediato, tal experimentación no supone la negación de la especificidad del proceso político ni de su interacción con la esfera productiva y, en fin de cuentas, no puede estar desconectado de tal proceso en la práctica.

La experimentación de que estamos hablando no constituye una respuesta técnica a un problema técnico, a ser desarrollada dentro de algún "test" conductista o sociológico; sino un proyecto social que debe nacer en el seno de las luchas concretas del pueblo por una sociedad mejor. Sus "modelos" resultantes no serían proyecciones abstractas, académicamente elegantes, sino un plan de sociedad vivamente presente en organismos concretos, instituciones populares, fuerzas sociales de base organizadas, reflejando dentro de ellas, dentro de su propio funcionamiento, el funcionamiento "pre-figurado" de la nueva sociedad.

Por ello, antes de continuar con el argumento de arriba, una crítica inequívoca del voluntarismo, especialmente en sus formas testimoniales, está en orden para situar el rol preciso de la experimentación en el proceso de transformación social.

EXPERIMENTACION INSTITUCIONAL Y VOLUNTARISMO TESTIMONIAL

El testimonialismo en Venezuela no es un fenómeno nuevo. Especialmente notable fue el conectado a la marejada política de la Revolución Cubana y el Guevarismo, la cual habiendo golpeado fuertemente en su momento —aunque en una forma menos seria que en Cuba y mucho más pequeño-burguesa— las juventudes del PC y AD, llegaba al final de los 60's, como 'aguaje tardí', agotada, y con varios años de retraso en términos de coyuntura política a las playas de la JRC, y otras arenas adyacen-

tes, bajo la forma de cierta radicalización en el marco del 'Aggiornamento' post-conciliar de la Iglesia de Paulo VI, del poderoso efecto de demostración producido por la experiencia político-educacional de Paulo Freire en el Brasil de Goulart años atrás, y quizá el hecho de que por primera vez el Social-Cristianismo era Gobierno en Venezuela.

Esta última radicalidad, al principio profundamente testimonial, y que penetró por diversas rutas, alcanzó diversos grados de autoconciencia, y produjo una notable variedad de actitudes políticas subsecuentes, no trajo como consecuencia mucho más que un cierto escozor político menor en su momento, con aisladas y notables excepciones, como por ejemplo su impacto en el desarrollo ideológico y de experimentación institucional vanguardista en el Movimiento Cooperativo Venezolano.

A estas alturas de la evolución social venezolana, la reedición o permanencia de la actitud voluntarista que caracterizó al principio este proceso de radicalización, no puede ni soñar con producir la picazón que antes produjo, mucho menos aspirar a una real eficacia política que nunca tuvo.

Sin embargo, lo desafortunado del testimonialismo no son sus limitaciones objetivas, sino su aparente incapacidad subjetiva de reconocer tales limitaciones y de evaluar correctamente su papel —el cual indudablemente tiene—.

Para muchos efectos, la historia del voluntarismo político —desde los socialistas utópicos para acá— ha sido siempre en gran parte la historia del esfuerzo por construir la nueva sociedad en pequeño, en maqueta, en el medio del antiguo sistema, en el medio de sus reglas de juego.

Ya hemos argumentado cómo esto, a nuestro juicio, sirve, o puede servir, a un legítimo propósito revolucionario.

Ahora bien, lo malo de este voluntarismo —y ésta es quizá la característica que le hace merecer el adjetivo de testimonial—, es la extraña idea de que sus experimentos no son meramente eso —“modelos”, esquemas prospectivos de la nueva sociedad— sino que, de algún modo, están animados con un dinamismo o magnetismo propios, inherentemente revolucionarios y de eficacia independiente de la complejidad y especificidad del proceso político circundante.

Si se intentara establecer una tipología ideal de sus formas específicas, nos encontraríamos, al menos con:

a) una forma cruda, del testimo-

nialismo que cree en un cierto poder “místico”, en virtud del cual la sociedad se transformaría automáticamente, siguiendo en forma irresistible el ejemplo de un modelo superior de sociedad, una vez que éste haya demostrado su viabilidad práctica en condiciones de laboratorio; el núcleo de esta posición reside en ignorar la acción política de masas, operando directamente sobre la estructura del estado, como mediación necesaria entre la experimentación social y la transformación institucional histórica real; y

b) una forma algo más ‘sofisticada’, pero igualmente voluntarista, que también tiende a ignorar la especificidad del proceso político como necesidad del proceso de transformación social y tiende a equiparar ésta última a una mera función técnica, de planificación y diseño del “modelo de transición”; este tecnicismo se expresa en forma nuclear en la tesis de que la escala del experimento es la clave de su efectividad (efecto demostrativo, multiplicador, etc.); a saber: si la maqueta es de tamaño “real” —aun siendo experimental— y el modelo es “superior” a la realidad, el efecto necesario es la transformación social.

La falla principal de este último tipo de voluntarismo es que no percibe la posibilidad de articulación de diversos modos de producción, de diversas formas distintas de organización productiva, administrativa, etc., que cumplan una gama de funciones subsidiarias, bien sectorial o regionalmente, sin que las leyes de acumulación dejen esencialmente de servir a la lógica funcional y evolutiva del modo dominante, y a toda su institucionalidad social y política.

Está claro que de la experimentación institucional de base no “saldrá” la nueva sociedad.

El proceso de transformación social escapa a la esfera de voluntarismo místico tanto como a la intencionalidad puramente técnica. El combate político de clases, derivado de las contradicciones en el seno del modo de producción

dominante y demarcado por las condiciones generales del régimen de acumulación, es el auténtico e insustituible motor de la transformación social.

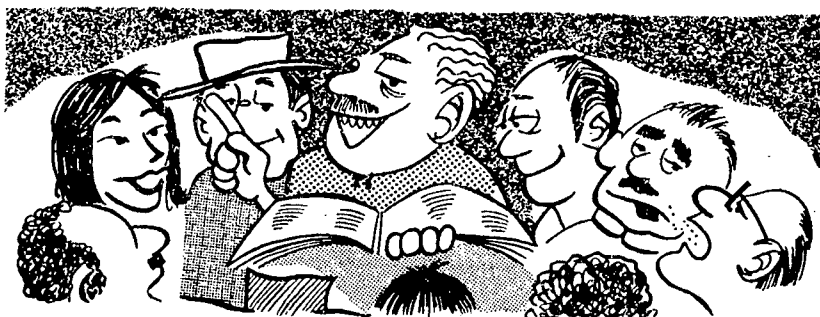
Sin embargo, después de todo, es fácil demostrar históricamente, a través de numerosos ejemplos, que la experimentación social y la lucha en la esfera política, económica, etc., no son sino aspectos complementarios —si bien necesariamente distintos en naturaleza— del proceso de transformación social.

A menos que tengamos absolutamente claro —o que pretendamos tener, por motivos corto-placistas, como ciertos políticos— cómo debe operarse la transformación y profundización de la Democracia en nuestro país, nunca deberíamos desechar la posibilidad y el deber de desarrollar experimentos institucionales de base, conectados a la realidad venezolana de hoy, que nos puedan dar una idea de cómo debe funcionar la Venezuela del futuro.

Si el gorilismo está desde hace ya cierto tiempo experimentando con sus “tratamientos de shock”, monetarismo, “supply-side economics” y otras medicinas terminales del capitalismo tardío en muchos países latinoamericanos, no vemos ninguna razón que impida a las democracias de este continente comenzar a dibujar sus trazos audaces el contorno de la nueva sociedad, más democrática y más participativa, que queremos, a través de experiencias institucionales igualmente radicales.

DEMOCRATIZACION SOCIAL Y EXPERIMENTACION PARTICIPATIVA HOY

Es posible encontrar en el mundo de hoy ejemplos vivos de experimentación social de vanguardia en el área de la democratización económica y política, los cuales, sin pretender aplicarlos mecánicamente a nuestra realidad, a la manera como, por ejemplo, cierto autoritarismo blanco quiere aplicar por la fuerza en Latinoamérica recetas económicas originadas en círculos académicos de Chicago, pueden, no obstante,

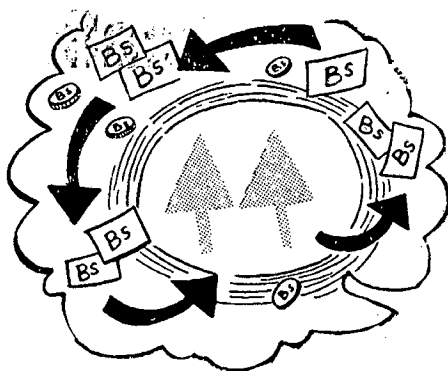


proveer lecciones importantes para nuestro propio contexto político y económico.

De hecho las experiencias de descentralización en el proceso tanto económico como político, así como la implementación de fórmulas participativas se multiplican día con día por todo el mundo: los esquemas de co-determinación en la industria del carbón alemana, la experiencia de las cooperativas industriales del norte de Italia, los esquemas de descentralización industrial en la economía japonesa, la experiencia de autonomización económica regional en Mondragón, España, los modelos de relación autosuficiente industria-comunidad en los Kibuts Israelíes, etc., son algunos de los ejemplos más conspicuos de experimentación innovativa de gran escala en el área de las instituciones económicas en los países occidentales.

En el esfuerzo de mayor aliento hasta ahora, y quizá más aleccionador en el terreno de la participación económica y política de base, las instituciones de los llamados "Acuerdos de Autogestión" y "Compactos Sociales" en la más reciente constitución yugoslava, representan el mejor esfuerzo conocido, dentro de los países socialistas, por superar la visión empiricista y simplista del poder de toma de decisiones y de la integración social como una mera noción agregativa, en la tradición parlamentarista y de Democracia Representativa, a la vez que reafirmar el carácter descentralizado y participativo del sistema económico y político.

En Venezuela, país de Democracia Representativa, tal proceso de experimentación en cierto modo está en camino desde hace ya cierto tiempo, si bien no a la escala de otras experiencias en países latinoamericanos como Perú y Chile en el pasado. Tal proceso está ciertamente presente en un incipiente movimiento de autogestión, en



el desarrollo institucional e ideológico del movimiento cooperativo en los últimos años, en diversas experiencias pequeñas de participación de los trabajadores, pobladores, etc., en movimientos de presión hacia la autogestión y la co-gestión en el seno del movimiento sindical, etc.

A nuestro juicio las varias formas novedosas de organización económica y social de base que pudieran desprenderse de tales experiencias y movimientos institucionales embrionarios, podrían, una vez asumidos sería e imaginativamente, retroalimentar de inmediato —no en un futuro hipotético de transformación social— el proceso de planificación, asignación de recursos, y administración de programas, haciéndolos reflejar más de cerca, y de un modo más sistemático, el perfil real de la demanda social, y abriendo nuevas facetas al papel de los órganos de representación y administración local, las organizaciones sociales de base, etc., en la perspectiva de democratizar las instituciones políticas y económicas en el largo plazo.

En la misma medida, tales experiencias —si son sistemáticamente desarrolladas y rigurosamente observadas con propósitos de investigación y evaluación de políticas— podrían representar una fuente consistente de metodología de organización social participativa,

pluralista y consensual, en cuyo marco, el diseño y aplicación de programas de desarrollo regional y comunal se optimizaría socialmente. Ciertamente, un formidable sustituto a la perniciosa tradición de improvisación política, en la cual la consulta "pre-electoral", fragmentaria y ad hoc, es casi el único escenario en el cual se conciben las políticas y programas sociales de todos los Gobiernos "democráticos" en Venezuela.

Si nuestra sociedad ha de cambiar, ha de democratizarse aún más; el desarrollo de experiencias controladas de autogestión, con énfasis especial en la integración entre los aspectos de la **organización económica** y la **organización social** de base, pueden constituir de inmediato, en esta misma generación, una fuente formidable de retroalimentación del proceso democrático, de provisión de metodologías institucionales y organizativas concretas para el desarrollo social, de pautas de organización industrial, de los servicios públicos, etc., con la participación plena del factor humano; metodologías y pautas para ser aplicadas con provecho dentro del esfuerzo de crecimiento económico, como lineamientos concretos para descentralizar y democratizar el proceso de planificación, la revitalización de los órganos de representación y administración local, etc.

Más específicamente, a nuestro juicio, el rol de las políticas de incentivo y apoyo directo a la pequeña y mediana iniciativa económica, y las políticas de desarrollo y organización comunal, tiene especial significación en relación a este proceso de experimentación social, y retroalimentación de las instituciones políticas y administrativas, en pos de una sociedad más democrática.

1. Lukacs., Georg: Marx's Basic Ontological Principles. Merlin Press, London 1978, p. 159. Traducción libre del autor.

